

El rol del lumpen-proletariado en Chile (1970-1973)

**FABIOLA JARA
EDMUNDO MAGAÑA**

Es en este movimiento, en gran medida espontáneo, donde el lumpenproletariado lleva el rol inicial, donde el gobierno, los partidos tradicionales, la clase obrera clásica y gran parte de los movimientos de extrema izquierda, juegan el rol de espectadores pasivos. No se equivocaban los informes internos del Partido Demócrata Cristiano cuando en octubre de 1971 señalaban que el Parlamento, como expresión de la política, comenzaba a devenir una estructura caduca.

EXCURSOS
—2&3DORM

El rol del lumpen-proletariado en
Chile (1970-1973)

Impreso por TERCER ASALTO / terceralto@riseup.net

Primera edición, 2017 / ~~100 ejemplares~~ Versión digital

El rol del
lumpen-proletariado
en Chile (1970-1973)

FABIOLA JARA
EDMUNDO MAGAÑA

EXCURSOS
—2&3DORM

NOTAS INTRODUCTORIAS

“De los hechos sangrientos y tristísimos de los últimos días, surge una masa de hombres que no están arraigados a nuestra sociedad. La bestia feroz que pasó por las calles de Santiago destruyendo todo, que marcó las puertas de nuestros hogares con su sello de mugre y sangre, no es el pueblo de Santiago... es ese conjunto que llamamos gañanes, carrilanos, pililos, al cual debemos penetrar con el libro abierto, como antes los misioneros penetraban entre las hordas de salvajes”.

—*Diputado Alfredo Irarrázaval Zañartu*, 26 DE OCTUBRE DE 1905

1.

El texto que presentamos a continuación fue redactado poco tiempo después de que sus autores escaparan del golpe de Estado en Chile y se refugiaron como exiliados en Holanda. Ahí, en el contexto de una fragmentada comunidad de exonerados políticos, inmigrantes ilegales, activistas y militantes de izquierda, Fabiola Jara y Edmundo Magaña se dedicaron silenciosa pero consistentemente a darle continuidad a todo lo que habían aprendido antes y durante la *Unidad Popular*. Se dedicaron, entre otras cosas, a elaborar textos en los que abordaban cuestiones teóricas que para ellos la historia había dejado pendientes.

En 1970, a sus 19 años, Magaña era miembro activo de la *Vanguardia Organizada del Pueblo* (VOP). Al poco tiempo su actividad en el grupo lo terminó poniendo tras las rejas hasta que fue indultado en 1971 por Salvador Allende¹. Este no es sólo un dato biográfico. El proble-

1 Para más sobre la VOP consultar *La VOP, Vanguardia Organizada del Pueblo 1969-1971 / Historia de una guerrilla olvidada en tiempos de la Unidad Popular*, Ed. Colecciones Memoria Negra, 2012.

ma que acusa *El rol del lumpen-proletariado en Chile (1970-1973)* está directamente vinculado con esa experiencia como militante de ultra izquierda y preso político.

Cuando fue consultado por la prensa respecto al asesinato de su padre, Edmundo Pérez Yoma —animador vitalicio de la democracia, constructor de tumbas, dirigente de la gran mafia y guardián del orden público— fue enfático en señalar que “la VOP era un grupo que se había armado al interior de la UP, muy de lumpen, de gente de muy baja calidad, que se les usaba para determinadas cosas”². Las tesis sobre la instrumentalización del lumpen por parte de partidos políticos, del Estado u otros sectores, no eran nada nuevas³. Aunque esta era la imagen que cierto sentido común de la época hacía pesar sobre los integrantes y simpatizantes de la VOP, no es la única. O más bien, considerar en virtud de esta tesis la actividad del grupo, tanto como la definición del concepto de “lumpen-proletariado” en general, demuestra rápidamente ser un camino corto y obtuso que no llega a ninguna raíz.

La composición de clases de la izquierda en particular y del proletariado en general durante la *Unidad Popular*, es un tema no resuelto. El grueso de los relatos zanján el asunto con una serie de dicotomías que más que esclarecer los límites y roles de cada clase social —y con eso describir las características específicas de las relaciones capitalistas de la época— los oscurecen. Dicho de otra forma, “lo que en realidad constituyó un dramático capítulo de la lucha social en el que cumplieron papeles bien definidos las distintas clases y fracciones de clases, el ideario socialista y revolucionario, el reformismo nacionalista y la

2 Ídem.

3 “Obtener dinero regalado y prestado: he aquí la perspectiva con que esperaba que las masas picasen el anzuelo. Regalar y recibir prestado: a eso se limita la ciencia financiera del lumpen-proletariado, lo mismo del distinguido que del vulgar. A esto se limitaban los resortes que Bonaparte sabía poner en movimiento. Jamás un pretendiente ha especulado más simplemente sobre la simpleza de las masas”. *18 Brumario de Napoleón Bonaparte*, Karl Marx.

burocracia... todo eso se nos presenta hoy como un simple choque entre el buen pueblo y la perversa oligarquía, entre estado de derecho y autoritarismo, entre democracia y dictadura”⁴.

En ese panorama de clases y fracciones de todo tipo, el lumpen-proletariado aparecía como un espectro que acechaba el movimiento de los trabajadores. Ya lo había advertido Marx en su *18 Brumario de Napoleón Bonaparte*, y se ha seguido constatando a través del siglo xx hasta nuestros días. Los disturbios raciales en Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, las insurrecciones en medio oriente, las revueltas de Atenas, los “gasolinazos” en México, las protestas callejeras salvajes en Brasil, Argentina, Chile, etc., en todos esos casos el “protagonista” de los eventos también se define por oposición: “si ese movimiento se constituía a sí mismo como el movimiento por la dignidad de los trabajadores, entonces el lumpen era la figura del trabajador indigno (o más precisamente, era una de sus figuraciones)”⁵.

Al ser considerado un sector social siempre al borde de la contra-revolución (bonapartismo), el lumpen-proletariado se aparecía para la izquierda como algo externo —a los trabajadores, los estudiantes, el pueblo, etc. Es quizá por eso que Edmundo Magaña y Fabiola Jara, luego de que el primero obtuviera el indulto y saliera a la calle, optaran no por sumarse a la filas del MIR (*Movimiento de Izquierda Revolucionaria*) o alguna de sus falanges, sino más bien por unirse al cuerpo difuso del IRI (*Izquierda Revolucionaria Insurreccional o Independiente*).

Aunque no como acérrimos militantes, Fabiola y Edmundo pasaron sus últimos años en Chile frecuentando las ideas y actividades del pequeño movimiento que giró en torno a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile (el “pedagógico”), los “amigos de

4 Prólogo a *Chile: Los gorilas estaban entre nosotros*, de Helios Prieto. Ed. Viejo Topo, 2014.

5 *Endnotes #4: Historia de la Separación*, Ed. Endnotes Collective.

Rivano”, y lo que más oficialmente se conoció como IRI. Ese espacio presentaba una oportunidad excepcional para ejercitar el pensamiento crítico; tenía la impronta de un lugar diverso, profundo, radical. Sin embargo, en tanto “lado B” o contra cara de la izquierda oficial, la propia conformación de clases de la IRI era un misterio. No sólo porque se asumían como un grupo influenciado por la teoría social de Marx y eran al mismo tiempo detractores y críticos de la UP, sino también por sus cercanías con el anarquismo y el hecho de que varios de sus miembros fundadores y caras visibles se hayan transformado luego en funcionarios universitarios de la dictadura e importantes gestores culturales⁶.

La *Izquierda Revolucionaria Insurreccional o Independiente* —dependiendo de qué tan a la izquierda se vaya— congregaba una cantidad improbable de sujetos, al menos para la época. En ella podían encontrarse, por ejemplo, escritores “novísimos”, filósofos de la academia y un recién liberado preso político de la VOP. Fue en el contexto de este roce social intensivo que Magaña y Jara, por primera vez, se dieron a la tarea de profundizar la crítica del poder, los partidos políticos y el Estado. Cuando preguntaron por un guía en estas materias, y en particular en lo referido a la relación limítrofe entre el Marxismo y el Anarquismo, se les aconsejó consultar con Laín Díez⁷.

Por lo visto, mientras vivió, la figura de Laín Díez fue más reconocida fuera que dentro de Chile. Dada la naturaleza de sus ideas Díez fue completamente marginado de la izquierda de los años 40, 50 y 60, pero no haber participado en las organizaciones y partidos oficiales no le impidió mantener una productiva y profusa correspondencia

6 Para más sobre la historia del IRI consultar *Anarquistas: presencia libertaria en Chile*, de Felipe del Solar y Andrés Pérez, Ed. Ril Editores, 2015.

7 Para una introducción general a las ideas de Laín Díez, y sus posiciones respecto a la relación entre Marxismo y Anarquismo, consultar su texto *La primera internacional y nosotros (1864-1964)*. Y también *Después del marxismo, después del anarquismo: Laín Díez y la crítica social no dogmática*, Jorge Budrovich-Saez, Revista Pléyade, N° 15, enero-junio 2015.

con militantes anarquistas o comunistas de consejos de todo el mundo; Vernon Richards, Paul Mattick, Diego Abad de Santillán o Anton Pannekoek, por nombrar algunos. De estos contactos internacionales surgieron colaboraciones en periódicos y publicaciones, así como también traducciones, entre las que habría que destacar la de *Lenin, Filósofo*, de Anton Pannekoek⁸. Ya de edad avanzada y con una salud débil, Lain Díez continuó trabajando gracias a la ayuda de amigos y camaradas como Fabiola Jara y Edmundo Magaña, quienes varias veces lo asistieron como escribas de sus traducciones y a quienes, desde luego, transmitió una parte importante de sus investigaciones.

Ya en Holanda, lejos de la actividad ultra militante de la VOP y tras una intensa experiencia de la UP y el golpe, la pareja se encontró con más de un problema cada vez que intentó replegarse junto a otros individuos y organizaciones sobrevivientes de esa primera mitad de los 70; no había lugar para poner en duda el programa político y social de la izquierda, a pesar de haber fracasado rotundamente. Limitados en el ámbito de la teoría crítica y decepcionados del ambiente revolucionario en general, la pareja optó por continuar sus pesquisas en el terreno de la antropología. *El rol del lumpenproletariado en Chile (1970-1973)* fue un estudio que resultó de ese período de transición entre la militancia política y la academia. Se presentó como parte de un seminario sobre estudios latinoamericanos hacia el año 75, pero nunca fue publicado oficialmente.

Ambos siguieron, en el ámbito de la antropología, organizando conferencias, seminarios y publicaciones durante los 70 y 80. De los materiales a los que hemos podido acceder habría que destacar *Antropología e Imperialismo en Sudamérica*, que reúne las intervenciones

8 Esta fue durante décadas (y quizá hasta hoy) la única traducción al castellano disponible, cuyo prefacio fue un documento de referencia en sí mismo. Fue publicada en 1948 por el *Centro de Estudios Materialistas*, y luego por *Cuadernos de Pasado y Presente* (PyP 42, Córdoba 1973), edición basada en la de Lain Díez y cotejada con la de los *Cahiers Spartacus* (París 1970). El prefacio fue publicado también en la revista *Revolución Hasta el Fin* N° 0, año 1, 2014.

realizadas por Robert Jaulin, Bob Scholte y Pedro Portugal (representante del Movimiento Indio Tupac Katari, MITKA), durante una jornada sobre “Antropología e Imperialismo” realizada en 1980 por el *Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos* del que la pareja formaba parte, además de los debates que siguieron a las conferencias, y entrevistas con Jaulin y Portugal; y también *Una lectura de Levi-Strauss*, texto publicado en 1982 en que Magaña se adentra críticamente en la metodología y sentido del estructuralismo.

Edmundo Magaña continuó trabajando en los 90 como antropólogo y periodista, dedicado, entre otras cosas, al estudio de las culturas precolombinas de Surinam y las Guyanas, su relación con los sueños y los mitos. Publicó en seminarios, revistas y fanzines de Europa, Norte y Sur América. En sus últimos años, de vuelta en Chile, se dedicó al activismo por los derechos de los animales en la V región. Fabiola Jara también continuó su carrera como antropóloga y académica, especializada en culturas amazónicas y del noreste de Sudamérica. Se desempeña hasta el día de hoy como docente en el departamento de antropología de la Universidad de Utrecht.

2.

El original de *El rol del lumpen-proletariado en Chile (1970-1973)* fue recuperado de los archivos del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam (IISH). Lo que presentamos aquí es una transcripción del texto disponible en los archivos del instituto, que es la única copia que se encontraba, hasta la publicación de la presente edición, a disposición del público general.

Para facilitar su lectura, hemos optado por intervenir levemente el formato original. De esas intervenciones, la más relevante tiene que ver con las citas que se encuentran a lo largo del texto. En el manus-

crítico, en más de una ocasión, los autores utilizan el idioma original de los textos citados, ya sea francés o inglés. En esta versión hemos traducido todas las citas al castellano en el cuerpo del texto, y hemos dejado las citas originales al final, como notas.

RB, otoño de 2017

EL ROL DEL LUMPEN-PROLETARIADO EN CHILE (1970-1973)

“Nos sentimos reacios a aceptar cualquier revisión profunda de sus perspectivas [de Marx y de Engels] sobre el potencial político del lumpen-proletariado”, concluían, en octubre de 1973, R. Cohen y D. Michael¹. De acuerdo a estos autores, la visión del lumpen-proletariado como fuerza revolucionaria correspondía más bien a las esperanzas frustradas en otras formaciones sociales y a la restauración de las tradiciones fanonistas, bakuninistas y del bohemianismo literario que a un bien probado análisis acerca de su capacidad política. El lumpen-proletariado, entre otras cosas, estaría imposibilitado de organizarse, de identificar a su enemigo de clase y de trascender la falsa conciencia. Sus intereses y valores —violencia, hedonismo y gratificación inmediata— le imposibilitarían asumir un papel revolucionario, y antes al contrario. “Un índice del éxito de la revolución puede definirse, de hecho, en términos de la eliminación del lumpen”².

Esta misma idea es sostenida por N. Levine, que interviene en la discusión con un cúmulo de consideraciones psico-sociales³. El lumpen-proletariado presentaría, de acuerdo a él, una seria deficiencia técnica en transformar sus aspiraciones en efectos políticos, en particular, debido a que la estructura ocupacional urbana está compuesta esencialmente de migrantes y a la heterogeneidad de estos⁴.

La misma opinión, y con una argumentación similar, sostiene P. C. Lloyd: “Un lumpen-proletariado azotado por la pobreza tiene poco potencial revolucionario”⁵.

Coincidentemente, en octubre de 1973, un artículo de J. Petras y B. Petras corroboraba aparentemente la visión y las profecías de los autores citados, especialmente de Cohen y Michael. En este artículo, refiriéndose a la oposición de la burguesía al gobierno de Salvador Allende, los autores afirman: “(...) salidos de barrios marginales, atraídos por el dinero de fuentes de derecha y, probablemente, de la Embajada de Estados Unidos, cientos de lumpen se vuelcan en el centro de la ciudad”⁶, y, más adelante, analizando la oposición social y política en Chile, puede leerse: “Del otro lado de las barricadas están las clases altas y sus numerosos aliados entre la pequeña burguesía y el lumpen-proletariado”⁷. ¿Jugó realmente el lumpen-proletariado el papel que estos autores suponen? ¿O es la visión estereotipada de sociólogos de clase media? A nuestro juicio, nada de lo que se ha afirmado hasta aquí es enteramente válido. Aparentemente, el fantasma de la *Sociedad del 10 de Diciembre* recorre la sociología europea y latinoamericana.

Y, sin embargo, esta problemática es de una enorme importancia, no solo para el análisis sociológico sino que para las políticas de los movimientos revolucionarios en América Latina. No son, pues, en absoluto, Bakunin, Fanon o Mailer quienes están en juego, aunque sin duda los acontecimientos en Chile podrían imponer una nueva lectura de sus textos. Es interesante notar que las intensas discusiones entre marxistas y anarquistas y todas las demás especies de socialistas en el siglo XIX, no solo sobre el rol del lumpen-proletariado urbano sino también sobre los campesinos, no han perdido nada de su actualidad. Esta desdeñada y hasta temida problemática recobra nuevamente toda su importancia sociológica y política.

Es también nuestro propósito entregar algunas consideraciones sobre los orígenes, las formas y el significado de las diferentes organizaciones de poder popular que surgieron en Chile en este período. La visión más extendida es que estas —cordones industriales, comandos comunales, consejos campesinos, etc.— se derivan de las diferentes

concepciones ideológicas y políticas que tenían los partidos políticos acerca del proceso revolucionario. Si bien este no es un factor desdénable, pensamos que las divergencias son mucho más profundas y que se derivan de las diferentes clases y sectores sociales a que cada partido daba expresión.

Conviene detenerse aquí en el examen del contenido que se da al término “lumpen-proletariado”. Levine abarca con este a los “trabajadores no-industriales subempleados en los centros urbanos de los PMD [Países menos desarrollados]”⁸ y, en general, a los habitantes de los suburbios⁹ y analiza esto en relación con los fenómenos de urbanización y migración. De un modo similar, Cohen y Michael lo habían utilizado para referirse a los “grandes estratos desempleados o inempleables”¹⁰ en los suburbios latinoamericanos y en las ciudades de África, a los “des-empleados”, “intermitentemente empleados”¹¹, ladrones y prostitutas, etc.¹². Igualmente, Lloyd comprende a los trabajadores no calificados, del sector servicios, desempleados, habitantes de los suburbios, etc.¹³.

En la sociología latinoamericana, en cambio, y con pocas excepciones, el término se reserva para los delincuentes y prostitutas o para las denominadas actividades ilegítimas. Así por ejemplo M. Murmis al definir uno de los sub-tipos en situaciones de marginalidad¹⁴. También J. Giusti evita el uso del término “lumpen-proletariado” para referirse a los pobladores urbanos en Chile por el contrario que da Marx a este¹⁵. Con pocas excepciones, la moralidad y sobre todo la fidelidad a análisis sobrepasados han sido más fuertes que la lucidez.

Semejante situación ha dado origen a una verdadera explosión de términos para referirse al mismo fenómeno: marginales, masas marginales, sub-proletariado, proletariado en proceso de lumpenproletarización, pobres del campo y de la ciudad, masas proletarias, diversos tipos y sub-tipos de proletarios, etc. También la discusión ha abarcado los conceptos de ejército industrial de reserva, superpoblación relati-

va, etc. Aunque en realidad se trate a veces de diferentes aspectos de lo mismo, no existe ningún consenso. Y, no obstante, la importancia del lumpen-proletariado y de su estudio, oculto bajo tan diferentes nombres, no ha dejado de crecer desde la década del 60. Nos parece más lógica y coherente la primera definición dada.

Antes de entrar en el tema que nos ocupa, son necesarias algunas consideraciones sobre la situación económica y social de Chile antes del período de la *Unidad Popular* y analizar las diferentes corrientes políticas que daban expresión a esta. No muchos partidos políticos advirtieron que en esta se habían operado profundos cambios, que caducaban sus programas y políticas, no obstante que se habían realizado ya bastantes estudios económicos y sociológicos que señalaban este cambio radical.

Ya en la década del 60, los economistas comienzan a llamar la atención sobre un fenómeno de enorme importancia, pero que aparece casi siempre encubierto por el estudio de la dependencia: el nuevo carácter asumido por la industrialización en América Latina, a causa de la revolución tecnológica y la expansión de esta después de la Segunda Guerra Mundial. Superada la etapa llamada del modelo primario-exportador y coincidente con las crisis del 30, algunas economías latinoamericanas, entre ellas Chile, inician un proceso de industrialización que ha sido llamado de “sustitución de importaciones”. Este ha sido caracterizado por la producción interna de bienes de consumo terminados de tecnología sencilla y de menor intensidad de capital, proceso en general impulsado por capitales nacionales estatales y privados. Se pensaba, pues, que de un modo análogo a Europa, América Latina entraba en la etapa definitiva de desarrollo y modernización. El nuevo sector industrial absorbería paulatinamente los nuevos contingentes de población que entraban al mercado de trabajo. La realidad social, sin embargo, desmentía cada día semejantes expectativas y caducaba esos análisis. Ya en 1964, M. Tavares señalaba la imposibilidad de que el proceso de industrialización sustitutiva continuara desarro-

llándose. La tecnología, requerida para la producción de bienes antes importados, comenzaba a caracterizar un proceso de crecimiento que unía un gran esfuerzo de acumulación de capital y una absorción absolutamente inadecuada de la creciente población activa¹⁶. Las economías latinoamericanas ya se caracterizaban por la presencia del desempleo estructural de la mano de obra no calificada y de una tasa de empleo que iba siempre detrás de la población.

Otros autores señalaron también el fenómeno. El proceso de industrialización sustitutiva había cambiado radicalmente su carácter. La incorporación de tecnología avanzada y de nuevas formas de organización empresarial, que elevaba los rendimientos y ahorra mano de obra, comenzaba a resquebrajar la anterior estructura económica. Incorporada esencialmente al sector dinámico, tales cambios dejaban al margen las actividades agropecuarias no-exportadoras, los servicios y una parte considerable de la propia industria¹⁷.

En Chile, a partir de 1950, podía observarse una absoluta inmovilidad de la fuerza de trabajo ocupada en el sector industrial, y un aumento creciente de los sectores sociales entonces denominados “marginales”¹⁸.

Desde una perspectiva algo distinta, Dos Santos señalaba la aparición de un “sub-proletariado urbano y rural” que abarcaba a un amplio sector de la población y que estaba en un proceso de transición “entre constituirse en clase de marginales o un lumpen-proletariado o de ser absorbido por el sistema productivo”¹⁹.

Así podemos distinguir, a partir de la Segunda Guerra Mundial, el surgimiento o introducción en América Latina de un sector industrial de tecnología avanzada, que requiere poca mano de obra y en general altamente calificada, y que por su propio movimiento genera y mantiene una enorme masa de desempleados y subempleados y que

al mismo tiempo margina o hace dependientes de él a los sectores tradicionales de la economía.

En el terreno de la sociología, Nun postuló la denominación de “masa marginal” para ese sector de la población que no tenía ninguna posibilidad estructural de emplearse y que era siempre creciente²⁰. Mientras que en la industria no mecanizada el capital variable prevalecía sobre el constante, en la industria mecanizada alcanzaba solo de un 15 a 20% y en la automatizada apenas un 5%. La lógica de los datos señalaba que la gran masa de desempleados superaba sus funciones de ejército de reserva. Y Eric Hobsbawm señalaba: “Toda vez que un país atrasado desarrolla industrias sujetas a la competencia del extranjero o de firmas correspondientes a las economías avanzadas o que operan con su tecnología, está obligado a adoptar dicha tecnología sea o no deseable socialmente. Ya no puede esperarse que el solo proceso de industrialización absorba la marginalidad generada por la desintegración de la antigua sociedad”²¹. El nuevo proceso de industrialización contenía en sí la marginalización de crecientes sectores de la población urbana y rural²².

Obviamente, en el desarrollo de esta temática estaban incluidos los fenómenos de la marginalidad, urbanización y migración.

En el caso de Chile, la atención se centró sobre los pobladores. En efecto, era en este sector social donde podían apreciarse los efectos sociales del proceso de industrialización, tanto del iniciado poco antes de la crisis del 30 como del caracterizado a partir de la Segunda Guerra Mundial, y que operó un cambio radical en la estructura económica y social de Chile.

Bajo la problemática de la urbanización se ha discutido ya sobre el origen de las “poblaciones callampa”²³ en las grandes ciudades. Como es sabido, este fenómeno comienza a manifestarse en la época de la crisis del salitre y del inicio de la industrialización sustitutiva, acompañado

de crecientes corrientes migratorias campo-ciudad. Es también en la misma época, entre 1930 y 1945, que florece en Chile la legislación punitiva del vagabundaje. Este, no obstante, no había sido nunca extraño en Chile, pero es en este período en que adquiere características sociales. Contrariamente a los pronósticos, esta masa de vagabundos, que comenzaron a ocupar las tierras en la periferia de las ciudades, no fueron absorbidos por la naciente industria y pronto su magnitud y los cambios originados en la estructura económica le hicieron exceder sus funciones como depresora de salarios. Es importante notar que no solo se produce un proceso de marginalización de sectores sociales sino también uno de marginalización de varias esferas económicas.

Así, por ejemplo, se señala un marcado desequilibrio entre el aumento de la cuota de habitantes en las ciudades y el porcentaje de ocupados en la industria. Mientras en 1920 la relación era de 28 y 30 respectivamente, en 1950 era ya de 40 y 30 ²⁴. La ocupación en la industria entre 1940 y 1967 aumentó solo de un 17 al 21.6% ²⁵, al mismo tiempo que se observa en las actividades tradicionales un proceso paralelo de baja de la ocupación y aumento de la productividad.

Luego, los estratos obreros ocupados en las nuevas industrias y en las actividades que introducen alta tecnología o más avanzada, no sometidos directamente a la presión de la desocupación, comienzan a diferenciarse de aquellos de los sectores tradicionales de baja tecnología, artesanales y semi-artesanales, no calificados y subempleados en servicios.

Ahora bien, es en las poblaciones donde se concentran estos sectores de obreros no calificados, intermitentemente empleados, subempleados y desocupados. De acuerdo a varias investigaciones realizadas, más de un 50% de los habitantes de estas que se encuentran empleados se ubican en el sector servicios, lo que quiere decir simplemente subempleo, y de aquellos empleados en el sector secundario las actividades predominantes son la construcción y la artesanía, donde el

empleo es intermitente²⁶. Otra investigación señala que los ocupados alcanzaban sólo un 39.5% (obreros y empleados); de los primeros (33%), 80% estaba ocupado en medianas y pequeñas empresas, construcción, etc.²⁷. Sólo en Santiago, más de una cuarta parte de la población vive en estas poblaciones, haciendo abstracción de los suburbios tradicionales.

Es por esto que podía caracterizarse la estructura social chilena como compuesta básicamente por un lumpen-proletariado urbano y rural²⁸. Sin embargo, este enorme cambio no fue percibido por los partidos de la izquierda ortodoxa.

En cambio, a partir de 1962, se desarrolla en toda América Latina una estrategia de corto plazo para controlar a esta creciente y potencialmente “peligrosa” clase. Esto fue la Promoción Popular en Chile, y otras iniciativas de nombres similares en Perú y Venezuela. Fue una curiosa paradoja histórica que fueran precisamente las clases dominantes quienes reivindicaran de este modo el potencial revolucionario del lumpen-proletariado. Al mismo tiempo, en 1968 y 1969, los cuerpos de paz son destinados a trabajar especialmente entre los pobladores²⁹. Esto ocurre en un período caracterizado por las ocupaciones violentas de tierras y fábricas.

En el cuadro de una radicalización política y social creciente, se registraron entre 1968 y 1971, 426 ocupaciones de terrenos por los pobladores, 492 ocupaciones de industrias medianas y pequeñas por los obreros. En el primer caso, 220 se realizaron en 1970 y 175 en 1971, y, en el segundo, 133 y 330 respectivamente³⁰. No obstante esto, algunos autores insistían en señalar que su característica era la inconstancia política (!)³¹.

El Partido Comunista no solo no se percataba de la potencialidad revolucionaria del lumpen-proletariado, sino que además condenaba sus acciones.

La desconfianza hacia el lumpen-proletariado por los partidos de la izquierda tradicional puede explicarse no solo por los sectores sociales que representan sino también porque la revuelta del lumpen-proletariado implica la destrucción o al menos la caducación de las estructuras tradicionales, tales como los partidos mismos y los sindicatos, como veremos luego.

Es entre las organizaciones de extrema izquierda donde encontraremos que se asigna al lumpen-proletariado un rol revolucionario. Entre estas, la **Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP)**, movimiento del que se carece casi de documentos, que suponía que el lumpen-proletariado era la única clase revolucionaria y que la clase obrera, estando ya integrada al sistema, no jugaría el papel que tradicionalmente se le había asignado. Al mismo tiempo, esta organización está formada fundamentalmente por lumpen-proletarios.

Luego, pero bajo un lenguaje diferente, el **Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)**. Después de varios años de agitación entre los estudiantes, el MIR comienza a orientar sus actividades políticas hacia las poblaciones o hacia lo que era corriente llamar las capas más desfavorecidas del proletariado³², los campesinos sin tierras, afuerinos y mapuches, y gana una creciente influencia entre los obreros de las pequeñas y medianas industrias.

Ya a comienzos de 1969, un grupo de militantes se retira del MIR y forman una nueva organización (MR2). A juicio de este grupo, diferenciando con el MIR, “Lo esencial del trabajo de politización debe efectuarse entre los obreros organizados y no al interior de las masas marginales”³³. La misma opinión era sostenida por otros grupos radicales, tales como el **Partido Comunista Revolucionario**.

En 1971, en una polémica entre el MIR y la Unidad Popular, Nelson Gutiérrez, dirigente de ese movimiento, señalaba: “Para reforzar la unidad del pueblo, se deben fijar líneas políticas que permitan movili-

zar y asociar al proceso los sectores del proletariado urbano no-industrial y del lumpen-proletariado (...). Solo así, al adoptar una política que afecte no solo al proletariado industrial sindicalizado, sino también a los sectores más pobres del proletariado urbano y rural, será posible fortalecer la unidad proletaria”³⁴.

De lo que se trata aquí no es del movimiento social real, que el mismo MIR reconocía que había sido en gran medida espontáneo y donde el lumpen-proletariado había jugado el papel inicial, sino del proceso de estatización de las industrias, que beneficiaba o que al menos involucraba solo al 10% de la fuerza de trabajo, ocupada en las industrias que pasarían al área estatal de la economía, reservando el 90% empleado el rol de espectadores³⁵.

Otro documento, la Declaración de Principios del Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) de diciembre de 1971, era algo más explícita. Ahí podía leerse: “(...) la política del reformismo hacia la clase obrera va a tender a fraccionar al proletariado, a mantener e incluso a agravar sus disputas internas, a volver más difícil la unidad proletaria. En efecto, la política reformista del gobierno va a tender a fijar objetivos de lucha y a dar una dirección política a una parte del proletariado, la de las empresas monopolistas de los sectores industrial, comercial, minero y de los grandes propietarios agrícolas, e incluso solamente a una fracción del proletariado del sector monopolista de la economía nacional (primero 240 empresas, luego 91, y en la actualidad 49). Mientras tanto, la inmensa mayoría del proletariado permanece sin dirección, sin objetivos ni canales de movilización (...) La política de gobierno y del reformismo en favor de la expropiación de monopolios y de la participación de los trabajadores en la industria nacionalizada fue y es, de hecho, una política destinada en lo inmediato, a un sector, a una fracción de la clase trabajadora”³⁶. Esto era mucho más que una crítica a los programas de estatización de la *Unidad Popular*, y esto no se explica solamente por la particular visión ideológica de ese movimiento sino porque representaba simplemente a otros sectores

sociales, como vimos anteriormente: al lumpen-proletariado y a los obreros de las industrias pequeñas y medianas. Aun cuando el MIR no dejaba de creer que el rol esencial debía jugarlo la clase obrera clásica, industrial, en el mismo documento se argumentaba: "El desarrollo del capitalismo chileno ha engendrado una estructura muy dispar que incluye empresas tecnológicamente muy avanzadas y empresas tradicionales, otras muy arcaicas y una infinidad de talleres artesanales. Esto tiene como consecuencia, que el proletariado chileno de la industria minera, del comercio, del transporte, etc., se concentre principalmente en las pequeñas y medianas empresas, y el proletariado de la gran industria constituya una fracción minoritaria (...). Estas cifras muestran hasta que punto sería errónea toda política que no tenga en cuenta esta realidad: la diversidad de situaciones dentro de la clase trabajadora, la diversidad de intereses inmediatos, el enorme peso del proletariado de las pequeñas y medianas empresas, los talleres artesanales y el ejército industrial de reserva"³⁷.

Es principalmente fuera de la Unidad Popular donde se advierten expresados políticamente los cambios ocurridos y los intereses de los sectores sociales generados y mantenidos por estos. Aun cuando se sigue usando el lenguaje tradicional de la izquierda marxista, la visión y los análisis son absolutamente diferentes. Los partidos tradicionales, que se habían desarrollado entre los sectores modernos de la economía y entre aquellos que, como la minería del cobre, habían incorporado tecnología avanzada, no variaron en absoluto sus análisis. En ellos se advierte una tradicional, oficial y simple dicotomía entre clase obrera y burguesía. Estos partidos expresan a ese sector obrero cuyos salarios son seis o más veces superiores al de los obreros de las industrias tradicionales medianas y pequeñas, generalmente calificados y organizados en poderosos sindicatos. Estos son los sectores integrados en el programa de la Unidad Popular, por las políticas de participación popular, y que son expresados políticamente por el Partido Comunista³⁸ —al menos, son los sectores donde este partido obtenía los más altos índices de votación.

El MIR, en cambio, se desarrolló entre el lumpen-proletariado urbano y rural —los pobladores afuerinos—, y entre los obreros de la mediana y pequeña industria tradicional, débilmente organizados o no organizados en absoluto (entre otras cosas porque la legislación sobre sindicación establecía un límite de 25 trabajadores y separaba a obreros y empleados). Estos sectores tienen intereses diferentes al de la clase obrera clásica: ante todo, acceso estable al trabajo y a la tierra, intereses que no pueden ser satisfechos sin una transformación radical. Además la situación en que se encontraban estos sectores exigía formas de organización nuevas. Es lógico que los cesantes no pueden organizarse por sindicatos, del mismo modo que resulta descabellado que los obreros de los talleres artesanales se organicen por ramas industriales o incluso siquiera organizarse en sindicatos donde los capitalistas, si pueden llamarse así, tienen un nivel de vida inferior o similar al de los obreros de las industrias más avanzadas. La transformación de la vida de estos sectores requería transformaciones sociales totales. Es por esto que es aquí donde se desarrollan los movimientos políticos más radicales. Semejantes intereses diferentes afectaban toda la vida social, y estas divergencias se manifestarían luego con más intensidad después del 29 de junio.

Dentro de la Unidad Popular, solo el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) entregó un análisis que recogía las transformaciones ocurridas. En diciembre de 1972, en un documento algo confuso, se planteaba: "Solo hay una clase capaz de dirigir una revolución socialista: el proletariado. El proletariado representa el cuarenta por ciento de toda la población activa, centrada alrededor de 150,000 trabajadores de las grandes empresas industriales que forman el eje de la Central Unitaria de Trabajadores y sus partidos"³⁹.

"Sin embargo, el carácter dependiente de la industrialización chilena, que nos ha sido impuesto por una tecnología ajena a la realidad de nuestro país, ha tenido como consecuencia, desde 1950 aproximadamente, en la limitación del crecimiento numérico del proletariado"⁴⁰.

Después de describir a las capas medias y de caracterizarlas como “los grandes defensores de la institucionalidad y de la ideología legalista”⁴¹, el documento proseguía: “Como contraparte de los “estratos medios”, el 30% de la población activa en Chile está formada por trabajadores no proletarios cuyos ingresos son, en promedio, más bajos que los de la clase trabajadora. Estos “pobres” de la ciudad y del campo son, en primer lugar, el lumpen-proletariado y los desempleados de ciudades que, excluidos de la producción agrícola, industrial y minera, no realizan más que trabajos ocasionales inestables y miserables. En segundo lugar, corresponden al semi-proletariado agrícola y de manufacturas: mapuches, inquilinos, comuneros, minifundistas, medieros pobres y artesanos no asalariados de la periferia industrial”⁴². Caracterizados como teniendo una adhesión política inestable, el documento concluía que era una condición de victoria para el proletariado contra los monopolios, el latifundio y el imperialismo, su alianza con las capas medias, al mismo tiempo que, como la revolución debía ser socialista, las fuerzas motoras de esta solo podían ser las clases que no tenían interés alguno en la mantención del capitalismo; es decir, se excluía a las capas medias⁴³.

Pero, además de los antecedentes teóricos, ¿había antecedentes históricos reales que permitían la consideración del lumpen-proletariado como fuerza revolucionaria? En el mismo documento del MIR que hemos citado podía leerse: “(...) desde 1967, el estancamiento de la economía chilena y la intensificación de la explotación y la miseria de las masas pondrán en funcionamiento a los sectores más pobres del proletariado, el proletariado de la pequeña y mediana industria, así como el ejército de reserva industrial, compuesto por desempleados, trabajadores temporales e informales, y la gran parte del proletariado que pasó a la categoría de trabajadores independientes (...) Desde el triunfo electoral de 1970, el movimiento obrero de la pequeña y mediana industria, de la artesanía, del ejército de reserva industrial, al sentir sus intereses legitimados por el nuevo gobierno se movilizarán para mejorar sus salarios, condiciones de vida y condiciones de

trabajo”⁴⁴. El proletariado organizado y concentrado, la clase obrera “clave”, no habría participado en el movimiento revolucionario sino a partir de 1972 y solo al rechazar el acuerdo CUT-Gobierno sobre los reajustes salariales.

Es en este movimiento en gran medida espontáneo, donde el lumpen-proletariado lleva el rol inicial, donde el gobierno, los partidos tradicionales, la clase obrera clásica y gran parte de los movimientos de extrema izquierda, juegan el rol de espectadores pasivos. No se equivocaban los informes internos del Partido Demócrata Cristiano cuando en octubre de 1971 señalaban que el Parlamento, como expresión de la política, comenzaba a devenir una estructura caduca⁴⁵.

Pero es, como decíamos, durante la discusión sobre las formas de poder popular donde las corrientes sociales se expresan con más intensidad, especialmente después del golpe frustrado del 29 de junio (1973). Ya desde octubre de 1972, se venía desarrollando una intensa polémica sobre el papel de la CUT, los cordones industriales y los comandos comunales.

Formada en 1953, la CUT era vista como la organización tradicional de los trabajadores, aunque excluía a más del 50% de ellos, a la que el Partido Comunista otorgaba el papel de conductora de la clase obrera y de vanguardia en el proceso de cambios⁴⁶. Organizada por ramas industriales, agrupaba principalmente a los obreros de las grandes empresas. Cuando surgen los cordones industriales (1971) —organismos que agrupaban a los obreros por unidades territoriales—, la CUT y el PC se opusieron tenazmente a su organización y extensión. Finalmente, terminaron por reconocerlos y les integraron a la CUT, otorgándoles así un estatuto jurídico.

La polémica sobre los cordones industriales y la CUT no era, a juicio nuestro, debida únicamente a diferentes concepciones políticas: ambas organizaciones representaban a sectores sociales diferentes.

Los cordones integraban a los obreros de la pequeña y mediana industria, semi-artesanales y artesanales, que carecían de organización sindical y que, en consecuencia, no estaban afiliadas a la CUT⁴⁷. Sus objetivos no eran estrictamente sindicales, entre otras cosas porque técnicamente no podían ser sindicales. Antes de ser integrados a la CUT, eran ilegales o no legales y, en consecuencia, tenían una mayor libertad de movimiento. Funcionaban sobre las bases de la democracia directa, hecho posibilitado por la proximidad geográfica de los lugares de trabajo, lo que al mismo tiempo permitía mantener asambleas permanentes. No siendo una democracia delegada ni teniendo objetivos especificados, sus dirigentes eran revocables y rotaban constantemente, etc.⁴⁸. El Partido Socialista apoyaba a estas organizaciones y consideraba que sólo a través de ellas se aseguraría la hegemonía y la dirección de la clase obrera sobre el movimiento revolucionario⁴⁹, aunque no había un acuerdo absoluto entre las diferentes tendencias.

En oposición a los comandos comunales, el PS sostenía que “(...) desde el corazón del comando, no pueden surgir propuestas de carácter socialista sobre objetivos de clase que no le son propios, sino que son esos del proletariado”⁵⁰.

En efecto, los comandos comunales agrupaban a organismos heterogéneos: comités de pobladores, almacenes populares, comités de transporte, de control de precios y abastecimiento, etc., e integraba en ellos a los cordones industriales. El secretario general del MIR, que apoyaba estos organismos, declaraba que su objeto era unir a la clase obrera con las demás capas explotadas. En este organismo debía expresarse la alianza política entre los obreros y los pobres de la ciudad. El cordón industrial era visto como necesario, pero insuficiente pues no agrupaba a todos los sectores sociales explotados. Cada comando debía darse sus propias formas de organización y decidir sus propios programas⁵¹.

¿Cómo se explica esta tendencia comunalista? Porque o debido a la heterogeneidad del lumpen-proletariado (los pobres de la ciudad y del campo): obreros agrícolas estacionales, pobladores, trabajadores independientes, desempleados, delincuentes, etc. La única forma de organización posible para estos sectores es la unidad territorial, geográfica. Su única reivindicación posible es la transformación radical de la sociedad. Sus deficiencias son sus ventajas. Es por su carácter heterogéneo, por la diversidad e inestabilidad de sus ocupaciones, que no puede sino organizarse en democracia directa, pues es la misma heterogeneidad la que impide que pueda delegar su representación y lo que, en consecuencia, exige la revocabilidad de sus organizadores. Es el cambio constante en sus situaciones lo que determina también que se reúna permanentemente, no periódicamente.

El lumpen-proletariado jugó en Chile un extraordinario rol revolucionario e inicial y, las más de las veces, estuvo a la vanguardia del proceso social y político. Nada más equívoco, pues, que ver en él espectros bonapartistas y reaccionarios.

NOTAS

1 Robin Cohen y David Michael, "The revolutionary potential of the African lumpenproletariat; a sceptical view" ["El potencial revolucionario del lumpen-proletariado africano; una perspectiva escéptica"], en *Bulletin Institute of Development Studies*, vol. 5, no. 2/3, 1973, p. 41. ["We feel reluctant to accept any major revision of their views [de Marx y de Engels] on the political potential of the lumpenproletariat"]

2 R. Cohen y D. Michael, op. cit., p. 41. ["An index of the success of the revolution may indeed be defined in terms of the elimination of the lumpen"]

3 Ned Levine, "The revolutionary non-potential of the 'Lumpen': essence or technical deficiency?" ["El no-potencial revolucionario del "Lumpen": ¿esencia o deficiencia técnica?"], in IDS, vol.5, n. 2/3, 1973.

4 N. Levine, op. cit., p. 44. Levine presenta solo el caso de Turquía, pero sus constantes referencias, como Cohen y Michael, a los PMD, nos obligan a incluirle aquí.

5 Peter C. Lloyd, "Classes, crises and coups" ["Clases, crisis y golpes de Estado"], Paladin, 1973, p.101-125. ["A poverty-stricken lumpen-proletariat has little revolutionary potential"]

6 James Petras and Betty Petras, "The Chilean coup d'État" ["El golpe de Estado chileno"], BRPE, octubre 1973, p. 3. ["(...) out of the slums, enticed by money from right-wing sources and probably the US embassy, hundreds of lumpen poured into the downtown centre"]

7 J. Petras y B. Petras, op. cit., p. 9. ["On the other side of the barricades stand the upper classes and their numerous allies among the petit-bourgeoisie and lumpenproletariat"]

8 ["non-industrial underemployed workers in the urban centres of LDCs"]

9 N. Levine, op. cit., p. 43.

10 ["large unemployed or unemployable strata"]

11 ["de-employed", "intermittently employed"]

12 R. Cohen y D. Michael, op. cit., pp. 31-38.

13 P. Lloyd, op. cit., pp. 101-127.

14 Miguel Murmis, "Tipos de marginalidad y posición en el proceso productivo", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. V, no. 2, julio 1969, pp. 413-421.

15 Jorge Giusti, "Marginalidad y participación en las poblaciones marginales urbanas chilenas", Universidad Washington, St. Louis, USA, p. 76. De acuerdo a Giusti, Marx habría incluido bajo este término a vagabundos, criminales y prostitutas. Olvida decir que también aparecen como lumpenproletarios los "mozos de cuerda", "afiladores", "caldereros", "organilleros", etc. Ver K. Marx, "El 18 brumario de Luis Bonaparte", Ed. Anteo, 1973, p. 80.

16 María de Conceição Tavares, "El proceso de sustitución de importaciones como modelo de desarrollo reciente en América Latina", (1964), en "América Latina: Ensayos de interpretación económica", Ed. Universitaria, Chile, 1969, pp. 150-180.

17 Aníbal Pinto, "La concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano" (1965), en "A.L.: Ensayos de interpretación económica", 1969, pp. 181-244.

18 Aníbal Pinto, op. cit.

19 Theotonio Dos Santos, "La crisis norteamericana y América Latina", Prensa Latinoamericana, 1970. Introducción en Punto Final, no. 131, 25 marzo 1971, p. 3.

20 José Nun, "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", en RLS, vol. 5, no. 2, 1969, p. 201. También en el mismo volumen: E. Laclau, Stavenhagen, Marin.

21 Eric J. Hobsbawm, "La marginalidad social en la historia de la industrialización europea", en RLS, op. cit., p. 242.

22 Aníbal Quijano, "Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica", en "A.L.: Ensayos de interpretación sociológico-política", 1970, p. 131. También: A. Quijano, "Redefinición de la dependencia y marginalización en América Latina", Educa, 1973, pp. 171-329.

23 En el original "poblaciones o shanty-towns", NdE.

24 Aníbal Pinto, op. cit., p. 192.

25 S. Aranda y A. Martínez, "Estructura económica: algunas características fundamentales", en "Chile Hoy", v.a., XIX, 1970, p. 56.

26 J. Giusti, op. cit. También: Giusti, "Organización y participación popular en Chile. El mito del hombre marginal", FLACSO, 1973, p. 116 ss.

27 Rosemond Cheethan y otros, "Pobladores: del legalismo a la justicia popular", CIDU, Santiago, 1972, vol. I, p. 31 ss.

28 Ch. Lalive et J. Zylberberg, "Une variable oubliée de la problématique agraire: Le prolétariat urbain" ["Una variable olvidada de la problemática agraria:

el proletariado urbano”], 1973, p. 61.

29 Alain Labrousse, “L’expérience chilienne” [“La experiencia chilena”], Ed. Seuil, 1972, p. 129.

30 MIR: “La política del MIR en el campo”, Ed. El Rebelde, 1972, p. 18.

31 Theotonio Dos Santos, op. cit., p. 3.

32 Catherine Lamour, “Le Pari Chilien” [“La apuesta chilena”], 1972, p. 221.

33 Alain Labrousse, op. cit., p. 199. [“L’essentiel du travail de politisation devait s’effectuer parmi les ouvriers organisés et non à l’intérieur des masses marginales.”]

34 MIR: “Recueil de textes: 1970-1973”, Paris, 1974, p. 25. Discurso de Nelson Gutiérrez. [“Pour renforcer l’unité du peuple, il faut fixer des lignes politiques qui permettent de mobiliser et d’associer au processus les secteurs du prolétariat urbain non-industriel et de sous-prolétariat (...). Ce n’est qu’ainsi, en adoptant une politique qui touche non seulement du prolétariat industriel syndiqué, mais aussi les secteurs les plus pauvres du prolétariat urbain et rural, qu’il sera possible de renforcer l’unité prolétarienne.”]

35 Maurice Najman, “Le Chili est proche” [“Chile está cerca”], Cahiers Libres, 1974, p. 13.

36 MIR “Recueil de textes”, op. cit., pp. 74-75, FTR, décembre 1971. [“(…) la politique du réformisme envers la classe ouvrière va tendre à fractionner le prolétariat, à maintenir et même à aggraver ses dissensions internes, à rendre plus difficile l’unité tendre à fixer des objectifs de lutte et à donner une direction politique à une partie du prolétariat, celui des entreprises monopolistes du secteur industriel, commercial, minier et des grandes propriétés agricoles et même seulement à une fraction du prolétariat du secteur monopoliste de l’économie nationale (240 entreprises d’abord, 91 ensuite, 49 actuellement). Pendant ce temps, l’immense majorité du prolétariat reste sans direction, sans objectifs ni canaux de mobilisation (...) La politique du gouvernement et du réformisme en faveur de l’expropriation des monopoles et de la participation ouvrière dans l’industrie nationalisée était et est, de fait, une politique destinée, dans l’immédiat, à un secteur, à une fraction de la classe ouvrière.”]

37 MIR, “Recueil de textes”, op. cit., p. 78, doc. cit. [“Le développement du capitalisme chilien a engendré une structure très disparate qui englobe des entreprises technologiquement très avancées et des entreprises traditionnelles, d’autres très archaïques et une infinité d’ateliers artisanaux. Ceci a pour conséquence que

le prolétariat chilien de l'industrie minière, du commerce, des transports, etc., se concentre principalement dans les petits et moyennes entreprises, et que le prolétariat de la grande industrie constitue une fraction minoritaire (...). Ces seuls chiffres montrent à quel point serait erronée toute politique qui ne tiendrait pas compte de cette réalité: la diversité politique qui ne tiendrait pas compte de cette réalité: la diversité des situations au sein de la classe ouvrière, la diversité des intérêts immédiats, l'énorme poids du prolétariat des petites et moyennes entreprises, des ateliers artisanaux et de l'armée industrielle de réserve”]

38 Ver E. Faletto y E. Ruiz, “Conflicto político y estructura social”, en “Chile Hoy”, op. cit. pp. 213-254. J. Petras y M. Zeitlin, “Miners and Agrarian Radicalism”, en “Latin America: Reform or Revolution?”, 1968. [no legible en el original]

39 [“Il y a une seule classe capable de diriger une révolution socialiste: le prolétariat. Le prolétariat représente quarante pour cent de toute la population active, centré autour de 150.000 ouvriers des grandes entreprises industrielles qui forment l'axe de la Centrale Unique des Travailleurs et de ses partis”.]

40 [“Cependant, le caractère dépendant de l'industrialisation chilienne, qui nous a été imposé par une technologie étrangère à la réalité de notre pays, a eu comme conséquence, depuis 1950 environ, la limitation de la croissance numérique du prolétariat”.]

41 [“les grands défenseurs de l'institutionnalité et de l'idéologie légaliste”]

42 [“Comme contrepartie équivalente aux ‘couches moyennes’, il existe au Chili trente pour cent de la population active formés par des travailleurs non-prolétaires dont les revenus sont, en moyenne, inférieurs à ceux de la classe ouvrière. Ces ‘pauvres’ de la ville et de la campagne sont, en premier lieu, le sous-prolétariat et les chômeurs de villes qui —écartés de la production agricole, industrielle et minière— ne font que du travail occasionnel, instable et miséreux. En second lieu, ils correspondent au semi-prolétariat agricole et des manufactures : mapuches, inquilinos, comuneros, minifundistes, medieros pauvres et artisans non salariés de la périphérie industrielle”.]

43 M. Najman, op. cit., p. 43-44. Programa del MAPU. Resoluciones del Segundo congreso nacional, diciembre de 1972.

44 [“(…) à partir de 1967, la stagnation de l'économie chilienne et l'intensification de l'exploitation et de la misère des masses vont faire entrer en activité les secteurs les plus pauvres du prolétariat, le prolétariat de la petite et moyenne

industrie, ainsi que l'armée de réserve industrielle, composée des chômeurs, des travailleurs temporaires et occasionnels et de la grande partie du prolétariat qui glissait vers la catégorie des travailleurs indépendants (...) A partir du triomphe électoral de 1970, le mouvement ouvrier de la petite et moyenne industrie, de l'artisanat de l'armée industrielle de réserve, sentant ses intérêts légitimés par le nouveau gouvernement va se mobiliser davantage pour améliorer son salaire, ses conditions de vie et de travail”.]

45 Armand Mattelart, “Firmes multinacionales et syndicats jaunes dans la contre-insurrection” [“Las empresas multinacionales y los sindicatos amarillos en la contrainsurgencia”], en *Les Temps Modernes*, no. 342, enero 1975, p. 768.

46 Carlos Vidales, “Contrarrevolución y dictadura en Chile”, ETA, 1974, p. 210.

47 *Chile Hoy*, no. 61, 10 agosto 1973, “Los cordones industriales y la CUT”. M. Najman, op. cit., pp. 183-191.

48 “A propósito de los cordones y de la CUT”, *La Aurora de Chile*, no. 33, 26 de julio 1973. M. Najman, op. cit., pp. 205-207.

49 Angélica Silva et Patricia Santa Lucía, “Los cordones industriales”, en *Les Temps Modernes*, no. 342, janvier 1975, pp. 705-743.

50 “Los cordones industriales”, *La Aurora de Chile*, no. 33. Najman, op. cit., pp. 208-210. [“(…) du sein du commando, ne peuvent surgir des propositions de caractère socialiste sur des objectifs de classe qui ne leur sont pas propres, mais qui sont ceux du prolétariat”]

51 Entrevista a Miguel Henríquez (MIR), *Chile Hoy*, no. 59, 27 julio 1973, en M. Najman, op. cit., pp. 200-202. Ver también: “MIR Recueil de textes”, op. cit., “Los comandos comunales”, pp. 29-36.

EXCURSOS

EL ROL DEL LUMPEN-PROLETARIADO EN CHILE (1970-1973)

[Fabiola Jara y Edmungo Magaña]

•

LA LÓGICA DEL GÉNERO Y LA COMUNIZACIÓN

[Endnotes Collective]

•

BARRICADAS A-GO-GO

APUNTES SOBRE LA ESCENA MUSICAL JAPONESA DE 1968 A 1977

[Julio Cortés]

•

HENRI LEFEBVRE Y LOS SITUACIONISTAS

[Entrevista]

2&3DORM

www.dosytresdorm.org / contacto@dosytresdorm.org

